

RESEÑAS

LAING, RONALD D. El Yo y los Otros.

FCE, México, 1974. Traducción: Daniel Jiménez Castillejo, 185 pp.

El presente trabajo fue publicado por vez primera (en inglés) en el año de 1961. Es la continuación cronológica y temática de El Yo Dividido, obra en que Ronald Laing analiza algunas de las estrategias a las que el hombre puede recurrir con el fin de “adaptarse” a un medio hostil. El resultado de vivir mediante estas estrategias, es denominado clínicamente como “esquizofrenia”. En el libro que ahora reseamos, Ronald Laing postula las bases necesarias para elaborar una “ciencia de las personas”, en interrelación. Como él mismo plantea en el prefacio a la segunda edición, se trata de un “... intento de entretrejer la experiencia y la conducta en una teoría sólida, dado que se hallan tan entretrejidas en la vida real” (p. 7).

Para desarrollar esta “ciencia de las personas” que vincule experiencia y conducta en un contexto interpersonal, el autor hace primeramente una revisión crítica de los conceptos que emplea el Psicoanálisis para explicar la experiencia y la conducta de las personas, enfatizando la división teórica de la que parte tal teoría, (mente-cuerpo) y sus consecuencias prácticas. Después, propone una serie de postulados con base en el análisis fenomenológico existencias de conducta y experiencia. El Yo y los Otros es resultado de investigaciones sobre los procesos de interacción, principalmente en matrimonios y familias, de algún modo relacionados con la psicosis. Dichos estudios han sido realizados en el Instituto de Relaciones Humanaá de Tavistock y en la Clínica Tavistock, en Londres.

El libro se divide en dos grandes apartados. Los Modos de. Experiencia Interpersonal y las Formas de Acción Interpersonal. Incluimos el índice y posteriormente presentamos una síntesis deL contenido de los capítulos:

I Los modos de experiencia interpersonal

1. Fantasía y experiencia
2. Fantasía y comunicación
3. Fingimiento y elusión
4. El contrapunto de la experiencia
5. La frialdad de la muerte
6. Las formas de acción interpersonal
7. La identidad complementaria
8. Confirmación y desconfirmación
9. Colusión
10. Posiciones falsas e insostenibles
11. Atribuciones e imposiciones

Apéndice.

Una notación para perspectivas, diádicas.

I LOS MODOS DE EXPERIFNCIA INTERPERSONAL

1. Fantasía y experiencia

Ronald Laing propone que la fantasía sea considerada “modo” de experiencia. Hace una crítica a la concepción psicoanalítica de la fantasía. A partir de Freud, es cierto, empezó a reconocerse que las fantasías tenían un sentido, eran síntomas de algo, pero de algo de una u otra manera patológico. Laing afirma que la fantasía necesita ser explorada desde un punto de vista fenomenológico y existencial, es decir, que la fantasía tiene un significado existencial para las personas, y puede ser considerada por su función, como una operación de cartografiado de cualquier dominio de la experiencia, a cualquier orden de la experiencia.

Por otro lado, el autor resalta el hecho de que todo el psicoanálisis se basa en inferencias. Las “fantasías inconscientes” sólo pueden ser inferidas, nunca observadas, dado que tanto la mente, el inconsciente y la misma fantasía son ubicadas “dentro” de la persona. Ahora bien, ¿qué es inconsciente? En el Psicoanálisis, este término se emplea de dos maneras:

1. Para designar a las estructuras, funciones y procesos dinámicos que pretenden explicar la conducta y la y a experiencia de una persona. Todo esto se construye con base en inferencias de la experiencia exterior. Si estas inferencias no son correctas, todo lo que se elabore y explique a partir de ellas, será igualmente falso.
2. Al emplear el término “inconsciente” afirmamos que la persona en cuestión no se da cuenta de una parte de su propia experiencia.

El autor se plantea, a partir de lo anterior, la siguiente pregunta: ¿no es una contradicción hablar de “experiencia inconsciente”? Y explica. “La experiencia de un individuo comprende algo que ‘él’ o ‘cualquier parte de él’ advierte, ya sea que ‘él’ o cada parte de ‘él’ advierta o no cada nivel de su advertencia (awareness) “ (p. 21). La experiencia puede ser interna o externa del propio cuerpo o de los otros, real o irreal, privada o compartida En contraposición, lo que afirman los psicoanalistas es lo siguiente: “ ... nuestros deseos se presentan en nuestra experiencia, pero no podemos, reconocerlos. Este es un sentido en el que somos inconscientes de nuestra experiencia y que entendemos equivocadamente” (p. 21).

El problema con la concepción, psicoanalítico de la fantasía, es que la considera como una “invención”; no puede tocarse, manejarse o verse. La fantasía es tornada como una función mental que tiene efectos reales en la mente y en el cuerpo. Laing se pregunta cómo algo irreal (la fantasía) ‘puede tener efectos reales. Ubica la fuente de tal confusión en el “molde dicotómico” en el que toda la teoría psicoanalítico se encuentra cimentada: mundo interno de la mente por una parte, y mundo externo del cuerpo, de la conducta del individuo, de los cuerpos y conductas de otros individuos. El esquema es como sigue:

interno	externo
mental	físico
actividad mental	realidades externas y corporales
realidad psíquica	realidad psíquica
invención	lo que puede tocarse, manejarse o verse
mundo interno de la mente,	mundo externo del desarrollo corporal y de la conducta del sujeto y de las mentes
MENTE	CUERPO

Ahora bien, ¿qué conexiones es necesario establecer a fin de relacionar ambas partes de tal esquema, evidentemente mecanicista y cartesiano? Deben inferirse una serie de conceptos, de ‘mecanismos que hipotéticamente, expliquen las relaciones entre los dos bloques. Conversión (cambio de la mente al cuerpo), proyección (cambio de lo interno a lo externo), introyección (cambio de externo a lo interno).

Estos conceptos, al parecer de Ronald Laing, explican artificios producidos por la escisión que se encuentra en la base misma de la teoría psicoanalítica, más que explicar “hechos de experiencia”.

¿Qué pasa si no adoptamos esta dicotomía mente-cuerpo?. Surgen otros problemas. “Los verdaderos problemas deben proceder de los fenómenos mismos. Por el momento, el problema permitir que los problemas surjan. Y únicamente podrán hacerse presentes cuando los fenómenos dejen de estar embozados por falsos problemas” (p. 23). Los conceptos de conversión, proyección, introyección, no describen lo que sucede en la experiencia de una persona; no se puede precisar qué experiencias tratan de explicar, además, como mecanismos de enlace entre la realidad interna y la realidad externa; no superan la escisión interno y externo, mente y cuerpo.

Hasta hoy, dice Laing, no se ha desarrollado un método sistemático para investigar el campo de la interexperiencia.

Cómo se experimentan las intervenciones del ser humano en el mundo, en un mundo que incluye a otros. Siempre atribuimos motivos, intenciones, experiencias, a las personas y entre las personas. Para estudiar a las personas, es necesario conocerlas. “Lo que es imposible es sacar la base lógica de una ciencia de las personas de la lógica de las ciencias impersonales” (p. 26). De lo único que podemos partir para estudiar a las personas es de nuestra experiencia de ellas; la experiencia de los otros no nos es accesible directamente. Existe pues una vinculación entre lo que yo infiero de mi experiencia del otro, y lo que el otro infiere de su experiencia de mí. Las mutuas percepciones están interrelacionadas. Es sobre esta base que podemos inferir sobre la experiencia de la otra persona, desde nuestra perspectiva. Tales inferencias sobre el otro desde nuestra perspectiva constituyen “actos de atribución”.

2. Fantasía y comunicación

En este capítulo Laing habla de ese modo particular de nuestra experiencia que tan importante papel juega en nuestras relaciones con nosotros mismos, con los demás y con el mundo en general: la fantasía. La fantasía está presente en todos los contactos: existe, por supuesto, una fantasía social que la mayoría de nosotros compartimos, sin darnos cuenta de ello. Cuando somos arrastrados por ella puede suceder que nuestra identidad se pierda, que nos veamos “enajenados” en ella. Es lo que el autor denomina “. . . el sentimiento entorpecedor de la realidad” (p. 35). Ahora bien, ¿qué cuando en virtud de esta fantasía social que nos envuelve la confianza en nuestras propias percepciones y valores?. Se dice que estamos viviendo en una “posición falsa”; no nos pertenece y no nos damos cuenta de que estamos en ella. Sólo podemos percatarnos, retrospectivamente.

Cuando nos encontramos en este tipo de posiciones, sentimos de modo “real”. “Quien se halla en una posición doblemente falsa de modo ‘real’; sin SENTIRSE entorpecido, lo está a causa de sentimiento mismo de ‘realidad’. Arrancar al propio Yo de la FALSA SENSACIÓN DE REALIDAD supone una desrealización de lo que falsamente se toma como ‘realidad’ y una RERREALIZACIÓN de lo que falsamente se toma como ‘irrealidad’. Únicamente entonces se es capaz de apereibir el sistema de fantasía social en el que se está. El estado de cosas normal, empero, es hallarse tan hundido en la propia inmersión de los sistemas de fantasía social que se los toma por reales” (p. 36). Reconocemos las experiencias pero no sabemos que corresponden a una ilusión.

La fantasía cumple, entonces, una importante función, es la que da “cohesión”. Los grupos viven mediante la fantasía, la experiencia de “unión” satisface una necesidad de tal forma que sólo puede darse en la fantasía. Esto sucede con las familias, el sentimiento de “unidad familiar” está basado primordialmente en una fantasía que todos los miembros comparten. El que no lo hace está loco o es un malvado.

“En la medida en que estamos en posiciones aparentemente sostenibles, nuestras razones no nos llevan a suponer que tenemos una falsa sensación de realidad o irrealidad, de seguridad o inseguridad, de identidad o falta de identidad.” “Una falsa sensación social de realidad implica, entre otras cosas, fantasías no reconocidas como tales” (p. 38).

“Cuando la posición o posiciones de un individuo en un sistema de fantasías llega a ser tal que no puede ni permanecer en SU PROPIA FANTASÍA ni salir de ella decimos que su posición es INSOTENIBLE” (página 39).

Cuando uno se encuentra en una posición insostenible enajenada, no se da uno cuenta de ello, por lo tanto, no puede uno salir. Otra vez, no se trata de que seamos inconscientes de nuestras experiencias, sino de su modalidad (sueño, fantasía, ilusión, percepción vigil). Los “otros” juegan una parte relevante en estos sistemas de fantasía social. Muchas veces se dice que una persona está viviendo un episodio psicótico, cuando en realidad puede estar pasando por una crisis en la interexperiencia del nexa (cualquier grupo social) y en la conducta del nexa. Para “ellos”, para los “otros” inmersos y sistema de fantasía social en particular, “... la caja es el mundo entero, salir de la caja equivale a dirigirse al fin mundo” (p. 39). Cada individuo influye en la fantasía de los otros; cuando alguien experimenta una disyunción respecto a la fantasía grupal, existe una disonancia generalizada al grupo en su conjunto. Y es que la “pseudo-realidad” que se vive en una relación con base en la fantasía puede ser muy bella, muy atractiva; querer salirse de ella se interpreta como una locura. “La salida es por la puerta. Pero dentro de la fantasía del nexa, irse es un acto de ingratitud o de crueldad, o un suicidio o un asesinato. Los primeros pasos han de darse todavía dentro de la fantasía, antes de que se la pueda apereibir como tal. En ello radica el riesgo de la derrota y locura” (p. 41).

3. Fingimiento y elusión

Laing define a la “elusión” como un doble fingimiento: “... es una relación en la que se finge uno a sí mismo que se aleja propio yo original; después se finge que se regresa de este fingimiento de suerte que parezca que se ha llegado de nuevo al punto de partida. Un doble fingimiento simula no ser fingimiento” (p. 44). La única salida de esta situación es regresar al primer estado, a un lado el primer fingimiento. Este juego de “fingir” es alentado por padres y maestros desde la infancia, cuando se les pide, se les exige a los niños, “ser sólo unos niños”; así, se coarta toda la serio de posibilidades que el “ser” contiene. Se aprende a ser sólo un niño, luego, sólo un adulto, y se finaliza siendo sólo un viejito. Nunca se nos permite “ser uno mismo”.

La elusión es pues una manera de dar la vuelta al conflicto sin enfrentarlo directamente: “... se elude el conflicto contraponiendo una modalidad de experiencia a otra” (p. 46). Por ejemplo, nuestras relaciones personales están en mayor o menor grado definidas por fantasías sobre los otros y sobre nosotros. A veces, esta dosis de fantasía -sobre todo aquella no reconocida como tal- puede invadir totalmente, las relaciones. Así, podemos vivir creyendo que nos relacionamos verdaderamente con el otro, que lo aceptamos tal cual es, cuando lo que en realidad sucede es que buscamos en él una “corporización” de nuestra fantasía. Preferimos vivir en un mundo de fantasmas que nos evite frustraciones reales aunque también nos aleje de las satisfacciones reales. Sucede lo mismo cuando preferimos vivir en el pasado o en el futuro; resulta quizás menos satisfactorio pero también menos desilusionante que vivir en el presente. En el terreno de las relaciones, “cada otro que uno encuentra puede verse como un oasis en el desierto de la propia vida real, sólo para trocarse en un espejismo cuando llega a estar más cerca” (p. 48). Así, la naturaleza de la ilusión es la falsedad.

Para ejemplificar una forma de elusión, Laing hace referencia a su obra anterior, El Yo Dividido. En ella describe una forma particular de vida en la que el Yo se divide “... en un alma descorporizada y en un cuerpo desalmado...” (p. 49). Es el caso de los esquizofrénicos, quienes carecen de un sentido de unidad personal, debido a la inseguridad ontológica básica que está en la raíz de su ser. Para Laing esto representa una cuarta posibilidad de aniquilación -las otras tres: falta de significado (espiritual), condenación extrema (moral), muerte (biológica)-, posibilidad en la que el individuo se encuentra con una pérdida parcial de la unidad del Yo, y una pérdida parcial de su capacidad de relacionarse con el otro. La forma extrema se presenta como el sentimiento de una no-entidad caótica, en la que cualquier relación consigo mismo o con el otro es imposible.

Como un intento desesperado de recuperar ese “ser”, esa unidad perdida, podemos llegar a proclamar que nos hemos dado cuenta que toda nuestra vida hasta ahora ha sido falsa, que sólo hemos estado cumpliendo “papeles”. Lo impactante de esta confesión, sin embargo, no asegura su verdad. Puede constituir un último intento lograr “ser” a través de un enorme fingimiento final, fingimos como que regresamos a nosotros mismos. Así, seguimos eludiendo una aprehensión de la realidad. Actuamos para hacer reales nuestros fingimientos.

4. El contrapunto de la experiencia

La imaginación provoca efectos físicos reales que son un poco distintos de la experiencia real. Esto sucede en las relaciones personales. Una experiencia imaginaria puede sustituir casi perfectamente una experiencia real. Casi nosotros podemos manipular según nuestros deseos y fantasías la imagen del otro y la imagen de nosotros mismos. Así, elaboramos falseadamente la relación que queremos. “Aun cuando la masturbación puede no ser honrada en la medida en que es una negación de lo real, lo ‘real’ puede utilizarse en una forma no honrada para encubrir el juego secreto de la fantasía y la imaginación. La masturbación falsifica el coito tanto como éste falsifica la primera” (p. 57).

5. La frialdad, de la muerte

Laing relata en este capítulo, la experiencia vivida por una mujer de 34 años después de nacer su tercer hijo, durante un periodo de cinco meses; en ella se presenta una mezcla de diferentes modalidades de experiencia: sueño, fantasía e imaginación. El médico que la atendió no pudo diagnosticar ningún tipo de enfermedad orgánica. En palabras de dicha mujer. “me parece haber estado viviendo en una situación metafórico. Tejé un entapizada de símbolos y en él estuve viviendo” (p. 70). Después de vivir tal experiencia, la mujer se sintió más “viva” que nunca.

Las razones por las cuales ciertas personas entran en “estados” de esta clase, a juicio del autor, son desconocidas. La característica básica de la experiencia que se relata es el sentimiento de “la frialdad de la muerte”. Este proceso puede ser considerado como una especie de “psicosis puerperal”, pero como anota Laing, “... es muy posible que lo que llamamos psicosis sea a veces un proceso natural de curación” (p. 71).

El planteamiento desarrollado a lo largo de todo el libro es retomado por Laing para analizar esta experiencia; la terminología psiquiátrica es inadecuada para designar o explicar la complejidad de este tipo de experiencias. Laing habla de la necesidad de partir de un análisis fenomenológico-existencial de las mismas. La señora en cuestión cambió de un momento a otro su manera de experimentar las cosas, se introdujo en un mundo de símbolos, en el que su experiencia le parecía totalmente “real”, efectuó un tipo de operación cartográfica o proyección, pero no hay una explicación contundente acerca de cómo lo hizo. Como Laing dice “... aquellos de nosotros que no negamos lo que no podemos explicar o siquiera describir estamos luchando por comprender. Únicamente puede hacerse teoría con legitimidad en nombre de la experiencia y no a fin de negar la experiencia que la teoría deja de lado por el aprieto en que la pone” (p. 71).

6. LAS FORMAS DE ACCIÓN INTERPERSONAL

II La identidad complementaria

En la primera parte del libro han sido planteados y analizados los diferentes modos de experiencia interpersonal. Ahora se habla de las formas de acción interpersonal. Como nadie experimenta (tiene experiencias) en el vacío, afirma Laing, cada vez que pretendemos explicar la experiencia de las personas, necesitamos extender esta explicación a nexos de relación, a “otros”, ya sean éstos imaginarios, soñados, fantaseados o reales.

Para Laing, el mayor avance en cuanto a teoría y metodología en el campo psiquiátrico ha sido el reconocimiento de que no puede aislarse a un individuo de su contexto para estudiarlo, a menos que se le deforme. Para estudiar a una persona debemos tomar en cuenta su relación con los otros; cualquier individuo afecta a los otros y se ve afectado por ellos.

En este capítulo se analiza una de las formas que toman las relaciones interpersonales, la “complementariedad”. Esta es definida por Laing de la siguiente manera: “... función de las relaciones personales mediante la cual el otro satisface o completa al Yo” (p. 78). Necesitamos de los otros para ser, y a veces los necesitamos para que nos “llenen”, para que ocupen un vacío interior producto de diferentes causas. “Uno puede sentirse físicamente vacío cuando no se mete dentro de lo que está uno haciendo o cuando aquello en lo que se ha metido se experimenta como carente de significado para uno mismo. Pero la vacuidad y la futilidad pueden también aparecer cuando la persona se ha hundido dentro de sus actos -incluso cuando estos actos parecen tener sentido para ella-, si el otro no le concede ningún reconocimiento, lo mismo que si cree no ser capaz de importarle a nadie” (p. 79). La otra persona (u otras) que no responde a nuestra apelación, que es impenetrable, produce en el Yo un sentimiento de vacío e impotencia. Necesitamos dar y recibir, pero necesitamos al otro para dar y recibir. Cuando el otro no puede recibir, el Yo busca destruirlo, y en la medida en que lo destruya, el Yo se sentirá más vacío, habrá mayor envidia, y a mayor envidia, mayor destructividad.

La necesidad humana de influir (tocar, afectar) al otro y ser influido por él, se manifiesta claramente en la relación sexual. “Dos intenciones básicas en el terreno de la sexualidad son el alivio placentero de la tensión y el cambio en el otro. El sexo puede experimentarse como algo vacío si el otro no está presente.” Y después Laing agrega: “Cualquier teoría de la sexualidad que hace la sola consecución de la potencia orgásmica la ‘finalidad’ del ‘instinto’ sexual, al par que ve en el otro, por cuidadosa que haya sido su elección, un mero objeto, un medio para ese fin, pasa por alto el DESEO ERÓTICO DE AFECTAR AL OTRO” (P. 81).

Laing plantea que en ocasiones una mujer es “frígida” porque se niega a conceder al otro la satisfacción de “dar”, la posibilidad afectarla, así “... la erección y el orgasmo son elementos muy de la potencia: potencia sin la capacidad de afectar al otro (p. 81). Uno puede sentirse desesperado (además de frustrado cuando se tiene la duda de si se es o no capaz de “significar” algún otro.

El autor analiza también la cuestión de la identidad complementaria en las relaciones de prostitución. Necesitamos que el otro complemente, lo que somos o lo que deseamos, soñamos, fantaseamos ser. En estos casos, las prostitutas pueden proporcionar por un momento los lineamientos complementarios requeridos, a cambio de un pago. Y es que: “toda relación implica una definición del Yo por parte del otro, y una del otro por parte del Yo. Esta complementariedad puede ser central o periférica, y tener mayor o menor importancia dinámica en diferentes periodos de la vida de un Yo” (p. 82). Cuando no encontramos a ese “otro” que necesitamos para lograr una identidad satisfactoria, surge una gran desesperación.

La identidad de una persona puede ser de tipo “pivotal”, cuando toda la jerarquía de sus valores, temores, necesidades giran en torno a ella; cuando éste es el caso y la identidad “cae” por alguna razón, la persona necesita reestructurar toda su visión “real” del mundo, de los demás y de sí mismo, “... o anula el abismo que existe entre lo que es y lo que ella SABE que es fundándose en lo que SABE (p. 89).

Y a todo esto, ¿qué es identidad? Laing responde “... es la historia que cada uno se cuenta a sí mismo acerca de quién es uno. La necesidad de creer esta historia, más primitiva y más terrible” (p.90). Además, ¿cómo se forma esta historia? “Los otros le dicen a cada uno quién es. Sólo después aprobamos o tratamos de desechar las maneras en que los otros nos han definido a cada uno. Resulta, pues difícil no aceptar sus historias”. “Aprendemos a ser quien se nos dice que somos” (p.91). Todos recibimos pues, una identidad social. Por supuesto, podemos tratar de cambiarla. De hecho: “La “novela familiar” es el sueño de cambiar a los otros que definen al yo de tal manera que la IDENTIDAD DEL YO puede ser definida por el propio Yo mediante una redefinición de los otros” (pp. 91-92).

7. Confirmación y desconfirmación.

Que los otros lo confirmen o lo desconfirman a uno en la interacción cotidiana, son dos grandes posibilidades. Hay una enorme variedad de grados y modos de confirmación, pero cualquier secuencia de interacción es confirmatoria o desconfirmatoria en alguna medida. Incluso el rechazo puede incluirse entre las formas de reconocimiento de confirmación. “El “rechazo” directo no es tangencial; no escarnece ni invalida en otras formas. No necesita menospreciar ni exagerar la acción original. Tampoco es sinónimo de indiferencia o impenetrabilidad” (p. 95).

Existen ciertas épocas en la vida de una persona en las que es necesaria una mayor confirmación. También, ciertas partes del ser de una persona puede necesitar mayor confirmación que otras. Además de las confirmaciones y desconfirmaciones directas, hay interacciones que se caracterizan por ser pseudo-confirmadoras, es decir, acciones que aparecen como confirmadoras, pero que son falsas. Se simulan. “La pauta familiar característica que han revelado los estudios de familias de esquizofrénicos no se refiere tanto al hijo que ha sido descuidado por completo o que ha sufrido un trauma innegable, sino al que ha estado sometido a una sutil pero persistente desconfirmación, inadvertida de ordinario” (p. 96).

Al confirmarse falsamente (confirmar un “falso yo” en una persona), se desconfirma el “yo real”, el individuo es colocado en una falsa, y lo más probable es que nadie perciba lo que sucede: esto constituye una situación de alto potencial esquizógeno. Por ejemplo la espontaneidad en los niños se ve desconfirmada atribuciones de maldad, “no, tú no puedes hacer esto, tú no eres niño malo”. La personalidad en génesis se deteriora: uno se ve ser lo que no es, a fingir un “yo” aceptable. No hay confirmación real, sino desconfirmación disfrazada de confirmación.

Lo grave de toda esta situación reside en gran medida en el de que la psiquiatría clínica valida en muchas ocasiones los fantasía social. Como Laing expone con una crudeza una claridad sorprendentes: “Algunas personas son más sensibles otras al hecho de que no las reconozcan como seres humanos. Si son muy sensibles tienen grandes probabilidades de que las clasifiquen como esquizofrénicos.” Y más adelante. “Si necesitamos dar demasiado amor, corremos el riesgo de que se nos diagnostique como esquizofrénicos, diagnóstico que nos atribuye en general la incapacidad de dar y recibir ‘amor’ de modo adulto” 102).

8 Colusión

La colusión es definida por Ronald Laing como el juego del autoengaño mutuo, es un juego entre dos o más personas mediante el cual se engañan a sí mismas. “Cada una de ellas juega el juego la otra, aunque no es indispensable que se den plena cuenta de ello. Característica esencial de este juego es no admitir que lo es” (p.103). En este juego se realizan actos falsificados de confirmación, fingidos, toda la relación está falsificada desde sus bases. ¿De dónde nace la necesidad de establecer este tipo de interacción? De las fantasías que cada quien busca cumplir, del tratar de establecer una determinada identidad para sí mismo al establecer una determinada identidad para él o los otros que participan de tal interacción. La colusión difiere de la proyección, y se refiere más a la corporización de la fantasía que se menciona en la primera parte del libro. “La persona no utiliza aquí a la otra como una mera percha donde colgar sus proyecciones, sino pugnar por encontrar en la otra la CORPORIZACIÓN de su proyección o por inducirla a que lluegue a serlo. La colusión del otro es necesaria para ‘complementar’ la identidad que el Yo se siente impelido a mantener” (p. 106). Las colusiones se solidifican cuando una persona encuentra en la otra ese “otro” que le confirmará el falso yo que busca hacer viceversa.

Para ejemplificar estas relaciones falsas basadas en colusiones Laing toma ejemplos de la literatura: Huis-clos de Sartre y El Balcón de Genet. En el primero el drama consiste en que los tres personajes de la obra no pueden establecer relaciones colusivas entre (tres muertos se encuentran juntos en un cuarto, una lesbiana, una prostituta, y un cobarde), como dice Laing, se pone al descubierto” ... el intenso sufrimiento que causa el fracaso en mantener identidad cuando el proyecto de vida de una persona es tal una identidad tolerable exige la colusión” (p. 107).

En El Balcón se tratan las relaciones colusivas complementarias. Se desarrolla principalmente en un burdel. Las mujeres están ahí para cumplir lo que el cliente necesite, para ser lo que él les les pide que sean, para que de esta forma, él también pueda ser por un tiempo y mediante un pago, lo que desea

ser. “Los clientes acuden al burdel para convertir lo que aisladamente podría ser sólo una IDENTIDAD ILUSIONAL O DELIRIOSA en una IDENTIDAD COLUSIVA (página 108).

En este capítulo también se incluyen ejemplos extraídos de un grupo analítico, como parte de la investigación dirigida a las formas que adopta la necesidad de hallar en el otro, el complemento colusivo necesario para mantener una identidad colusiva. En este sentido (terapia y terapia de grupo), el autor recuerda la recomendación freudiana en cuanto a desarrollar el análisis en condiciones de alta frustración, es decir, que se evite en lo posible que el Yo encuentre en ella condiciones propicias para establecer el complemento colusivo necesario, a fin de obtener una falsa identidad. Así, las condiciones de una terapia adecuada paciente a descubrir su propio, su verdadero Yo. A continuación citamos los últimos párrafos de este capítulo.

“Gran parte del arte de la psicoterapia reside en el tacto y lucidez con que el analista indica los caminos por los que la colusión mantiene las ilusiones o disfraza los delirios.”

“La tarea del terapeuta, entonces, es, como la del maestro Zen, señalar que el sufrimiento no se debe al hecho de no tener ‘la respuesta’ sino que ES el estado mismo de deseo que adopta la existencia de esa clase de respuesta aunado a la frustración jamás.” “...Hsi Yun, un maestro Zen de alrededor de 840, lo que éste proponía era hacer que el que preguntaba se diese cuenta de que la verdadera dificultad no estriba tanto en que sus preguntas carezcan de respuesta como en su persistencia en ese estado mental que lo lleva a hacerlas.” “La ilusión o la desilusión pueden basarse igualmente en la misma fantasía. Que haya ‘una respuesta’ en alguna parte o que no haya ‘ninguna’ respuesta en ningún lado son una y la misma cosa” (p. 118).

9. Posiciones falsas e insostenibles

Los seres humanos pueden colocarse a sí mismos o a los demás en lo que el autor llama “posiciones falsas o insostenibles”. Antes de explicarlas, es necesario analizar qué significa el que una persona sea o no sea “ella misma”, que esté o no esté involucrada en sus acciones. Se dice que una persona es auténtica o verdadera cuando se “mete” en sus acciones, revelando su verdadero Yo; se pierde en sus actos y así es lo que es. Por el contrario, se supone que el ser inauténtico significa retroceder, el ser del agente se encubre mediante sus actos, se es una falsificación. Así, el acto genuino o revelador, es un acto en el que me involucro a tal grado que soy yo mismo. “En la medida en que me meto ‘dentro de’ lo que hago, haciéndolo llego a, ser yo. Sé asimismo, que lo opuesto es verdad, cuando me siento ‘vacío’ o estoy acosado por la futilidad” (p. 121). Cuando uno se aferra a fórmulas o dogmas externos, es síntoma de una vacuidad interna. Este vacío engendra envidia y resentimiento ante los demás, ante los que suponemos, sí son ellos mismos. Este vacío a su vez puede ser “llenado” con los otros (identificación introyectiva), o puede satisfacerse viviendo a través de la vida de los demás (identificación proyectiva). En cualquier caso el resultado es siempre el mismo; no se va a ninguna parte, se dan vueltas en círculo, la propia vida se ve paralizada.

Todos estos juicios tienen su origen, después de todo, en atribuciones hechas a los “otros” desde nuestra perspectiva de sus acciones, problema que ya ha sido tratado en el capítulo inicial. Una fenomenología existencial de la acción debe dilucidar en qué basa el observador sus juicios o atribuciones respecto de las personas. Psiquiatras y psicólogos necesitan examinar los criterios en que basan sus diagnósticos, pues es una ilusión pensar que puede verse al otro de modo pulcramente objetivo. “Categorías ‘Clínicas’ como esquizoide, autista, afecto ‘empobrecido’, ‘retiramiento’, presuponen la existencia de criterios impersonales válidos y confiables para hacer atribuciones con respecto a las relaciones del otro con sus acciones. Pero no existen tales criterios válidos y confiables” (página 122).

En este contexto, pues, podemos decir que la necesidad “autofranqueamiento” parece ser característica del ser Sin embargo no siempre es posible satisfacerla. Cuando una persona siente que sus acciones no lo develan, o que los demás no lo ven, puede echar mano de otras formas para cubrir su necesidad. Es el caso, dice Laing, de los llamados exhibicionistas, quienes se sienten impelidos a mostrar su cuerpo, una parte de su cuerpo, cualquier parte de su ser o habilidades a fin de incidir en los otros, de ser vistos por los demás aunque sea a través de algo “espectacular”. Es un intento por romper el aislamiento en que se sienten confinados.

Esto puede ser producto de hallarse en una posición falsa. “Quien se halla en una posición falsa ha perdido el propio punto de partida desde el que pudiera lanzarse o arrojarse hacia adelante esto es, proyectarse. Ha perdido su lugar. No sabe dónde está ni a dónde va. No puede ir a ninguna parte por más que lo intente. Así como -en la desesperación- lo mismo da un lugar que otro, así da lo mismo un tiempo que otro” (p. 125).

Para saber cómo una persona experimenta su posición, es necesario conocer tanto sus acciones como las de los otros, las imágenes y fantasías de ambos. El lugar que creemos ocupar en el mundo está dado tanto por nosotros como por los otros. Y todo ser humano, parece ser, necesita tener un lugar en el mundo de por lo menos, un otro. “Parece que aspirar a ocupar un lugar en el mundo de por lo menos una persona es un anhelo humano universal. Tal vez el mayor solaz que se encuentre en la religión sea sentir que se vive en la Presencia de un Otro. La mayoría de la gente en alguna época de su vida pugna por sentir, y sea que lo haya logrado o no en sus primeros años, que ocupa el PRIMER lugar, si no es que el único, en cuando menos el mundo de una persona” (p. 130). Los denominados “paranoicos” son personas que ante la sospecha de que a nadie importan, se fabrican mediante sus delirios un lugar relevante en el mundo de los otros.

Los “otros” pueden destruir la vida de una persona, de palabra o de hecho en diferentes formas. Una acción interpersonal que confunde o mistifica hace difícil para el sujeto, saber quién es él, quién es el otro, y qué tipo de situación se está viviendo. Estas disyunciones deben ser aclaradas en psicoterapia, pasar de la confusión al conflicto. Cuando existe confusión es imposible actuar en forma alguna. Es lo que sucede en las situaciones de “doble vínculo” estudiadas por Gregory Bateson. “Una persona comunica a otra que debe hacer una cosa y, al mismo tiempo, pero en otro nivel, que no debe hacerla o que debe hacer otra cosa incompatible con la primera. Esta situación tiene su remate para la ‘víctima’ en la imposición ulterior que le prohíbe salir de la situación o diluirla haciendo comentarios sobre ella.” “Y de este modo la ‘víctima’ es colocada en ‘insostenible’, en la cual no puede hacerse un solo movimiento sin que sobrevenga la catástrofe” (p. 139). Si un individuo vive este tipo de situaciones desde pequeño, es muy probable la capacidad de discriminar los niveles o tipos lógicos mezclados en ellas, y para sobrevivir, es muy probable que recurra a estrategias diagnosticables clínicamente como esquizofrénicas.

10. Atribuciones e imposiciones

Todos hemos sido educados a base de culpas. Laing establece entre culpas falsas y culpas verdaderas. “La culpa verdadera es la que se experimenta frente a la obligación que se tiene para consigo mismo de ser uno mismo, de realizarse a sí mismo. La culpa falsa es aquella que se siente por no ser lo que otros creen que uno debe ser o admitir que es” (p. 146). Y es que mediante las atribuciones que uno hace a las personas, las define, las ubica en una posición particular. Las atribuciones “ponen en su lugar”, y así, funcionan como imposiciones. Es necesario, aunque muy difícil darse cuenta de que uno no es por fuerza, lo que los otros nos dicen.

Todos actuamos sobre todos. ¿Cuáles son los límites de esta mutua influencia? Desde niños nos es inculcado que todas nuestras acciones son significativas según el efecto que causen en los otros, Laing apunta, “ ‘Grosero’ es con frecuencia la atribución se hace al niño que atribuye a sus padres cosas que no les gustan” (p. 150). Las imposiciones son absurdas, no se nos puede pedir, mucho menos exigir, espontaneidad, ni amor. Al aceptar estas imposiciones somos colocados en posiciones falsas e insostenibles. Es el nexo interpersonal en que uno se desarrolla el que define nuestras pautas comunicativas y de discernimiento ante la realidad. En la obra de Dostoievski Crimen y Castigo, el autor analiza la posición falsa e insostenible en que el personaje Raskólnikov es colocado por la carta que recibe de su madre. Es una carta larguísima (450 palabras) que al ser leída produce una enorme confusión. Esta carta ubica al citado personaje (o mejor dicho, lo desubica completo), en un conjunto de posiciones imposibles de vivir al tiempo. En ella existe una exigencia implícita para que se coluda con numerosos niveles de hipocresía, a la vez que se le prohíbe ser hipócrita. Se le exige ser feliz cuando se le dan muchas razones no serlo. Raskólnikov estalla, la carta estalla dentro de él. No es difícil entonces explicarse la división que caracteriza a la esquizofrenia. Y como el autor ha analizado, existen muchas pautas comunicativas que pueden inducir este estallamiento interior.

APÉNDICE.

Una notación para perspectivas diádicas

Se presentan ejemplos de notaciones de percepciones e acciones mutuas, así como ejemplos de aplicación práctica de notaciones.

Con el apéndice termina Laing su exposición sobre la de desarrollar planteamientos fenomenológico-existenciales para estudiar experiencia y conducta humanas. A pesar de que *El Yo los Otros* se escribió ya hace más de veinte años, sus al estudio del hombre siguen vigentes.

Hay un error muy extendido en lo tocante a las ciencias humanas: el olvidar que en este campo no hay “verdades exactas”. A nuestro modo de ver, una de las más lúcidas afirmaciones de Ronald Laing es la que plantea que tanto la teoría como cualquier teoría psicológica están basadas en inferencias, inferencias que al ser desarrolladas en un cuerpo teórico y metodológico, dan la apariencia de “hechos”. A los demás, clínica y personalmente los conocemos a partir de la propia experiencia de ellos. Si nos acercamos a las personas con una serie de aprioris, de juicios para detectar síntomas, es consecuencia lógica que sólo aprendamos de ellas lo que nuestros “instrumentos” nos permitan. Y como Laing, no es válido para ninguna teoría negar la experiencia que puede explicar por sus limitaciones. Recordemos que una de funciones de la ciencia es detectar fenómenos cuyos conceptos incapaces de describir y/o explicar, a fin de ampliar o modificar dicho cuerpo conceptual.

En estos nuevos intentos por entender al hombre se hayan mezclados fenomenología, existencialismo, teoría general de sistemas y resultados de investigaciones clínicas como los realizados por Laing y sus colaboradores en el Instituto Tavistock Humanas en Londres, y por Gregori Bateson y su grupo en Palo Alto, California. Aunque se trata de intentos para elaborar una “ciencia de las personas” no están exentos de magia, de misterio. Su característica esencial es la humildad ante la realidad humana. Reconocer que estados psicóticos pueden ser una especie procesos o “viajes” curativos es reconocer la necesidad y la posibilidad humana de salir de la alienación, si bien esta salida puede presentar recovecos tan extraños. Por lo menos, aquellos diagnosticados “locos” son coherentes con su experiencia. Y nosotros, los “normales” que abarrotamos las calles, estamos impedidos para expresarnos a plenitud. Si necesitamos dar y recibir mucho amor, como señala el autor, no podemos expresarle, so-riesgo de ser calificados como “infantiles”, no adultos. La serie de posibles categorías con que se nos puede encasillar si nos atrevemos a ser como somos, es interminable.

Otro aspecto relevante en este libro es su énfasis por el estudio del hombre en interacción, en relaciones interpersonales. Después de todo son este tipo de contextos los que nos forman, norman y definen desde pequeños. Aprendemos a ser lo que nos dicen que somos. Las pautas comunicativas, familiares y sociales en general, marcan nuestra manera de comunicarnos y de entender el mundo. Una persona es lo que es entre los otros, con los otros, a pesar o con la ayuda de los otros. Si el mismo conocimiento físico de la realidad se ve distorsionado al aislarse fenómenos con el fin de estudiarlos (dividir para analizar), ¿qué no sucederá con las personas?

Nosotros somos nuestra experiencia, y nuestra experiencia siempre estará afectada por otros. Toda experiencia es válida, si podemos ubicar su categoría. Discernir entre ilusión, imaginación, fantasía, percepción vigil. Cada una de ellas tiene su significado existencial. Ninguna terapia puede hacer a un lado este hecho. La fantasía social s a fin de cuentas la última detentadora del poder en todas formas. Es la fantasía social expresada en atribuciones que tienen la fuerza de imposiciones, la que en la mayoría de los casos puede conducirnos a emplear estrategias “insanas” para sobrevivir esta jungla de normalidades. Hay que dejar entonces, que los verdaderos problemas surjan. Hay que tratar de que la confusión tome la forma de conflicto para saber en dónde estamos. Sí, la salida es por la puerta, como apunta una frase de Confucio tomada como epígrafe de este libro, pero entre tanta confusión, no podemos encontrarla.

El Yo y los Otros es pues un libro sustancioso, aguanta más de una lectura, y estamos muy lejos de poder agotar sus interpretaciones. La traducción no es tan mala. Esta obra constituye una prueba de lo inexplorado que hasta hoy se encuentra el hombre. Opinamos que leerlo puede despertar en nosotros el asombro.

ALICIA LOZANO MASCARÚA.

